

que de una cuestión incidental se trata, no estamos de acuerdo con la idea de que la poesía española posterior a la guerra civil viera congelado su aliento por su «mal entendido compromiso con la historia». Precisamente lo que a esa poesía se le ha reprochado muchas veces ha sido todo lo contrario. Pero esto es ya otro tema.

No necesitaba el profesor Jiménez justificar la selección de los poetas aquí incluidos. El lector avisado los encontrará a todos absolutamente representativos y los desequilibrios a favor de nombres mejicanos, argentinos, chilenos y cubanos son también comprensibles. Cada autor va precedido de una semblanza, forzosamente breve, pero muy enjundiosa, y de una relación de sus obras con las respectivas fechas de publicación. Los poemas han sido elegidos con arreglo a criterios que pocos dejarán de compartir y que nacen del interés del antólogo por la poesía empeñada en el conocimiento profundo de la realidad humana, por la dirigida hacia lo absoluto sin gratuita retórica y por la que entra, sin oportunismos, en planteamientos político-sociales. Previamente Jiménez nos ha indicado su propósito de que alguno o algunos de los poemas escogidos en cada caso fueran expresión manifiesta de las ideas literarias del autor, «artes poéticas» más o menos explícitas, sin olvidar que igualmente en las viñetas de presentación ha transcrito sistemáticamente juicios textuales de aquellos en el mismo sentido.

La publicación carece de notas y de bibliografías particulares, de ningún modo exigibles en una obra de esta clase, si bien no faltan interesantes referencias en este terreno en las notas de presentación, eventualmente. El compilador no ha querido, sin embargo, dejar de brindar una bibliografía general mínima, pero no exigua —77 títulos— cuya utilidad es evidente, aunque echemos en falta la mención de las editoriales.

Aludir a otras omisiones en cuanto a nombres no resultaría difícil. Sucede en todas las antologías y resulta tópico recalcarlo sin motivo grave, que aquí no existe. Preferimos no caer en ese fácil juego y reafirmar el juicio inicial: la antología es excelente.

LUIS SÁINZ DE MEDRANO ARCE

ARGUEDAS, José María: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1971, 298 págs.

Hace ya dos años que Losada publicó *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y, por lo que apreciamos hasta el momento, parece que esta novela ha caído en el vacío entre la crítica española. ¿Por qué? Si bien es cierto que el tono de la obra se diferencia del de sus novelas anteriores, no por eso deja de ser ambiciosa y comparable a los *Ríos profundos* y a *Todas las sangres*.

El autor representa, como es sabido, un cambio fundamental en la novelística peruana de este siglo, basada en el tema del indio. José María Arguedas, que se crió con ellos y aprendió el quechua antes que el español, da una visión total del indio, no escribe «de oídas» como ocurría con otros novelistas anteriores que no habían pisado jamás una comunidad indígena. El los conoce suficientemente como para poder presentarlos en situación objetivamente, sin mostrar una actitud de benevolencia, de simpatía o antipatía a ultranza. Precisamente, fueron estas actitudes parciales, que eran comunes en la literatura imperante

en el momento en que Arguedas empezó a escribir, las que le impulsaron a hacer una literatura nueva y auténtica del hombre de los Andes, como ha señalado Raimundo Lazo<sup>1</sup>: «Venció, sin duda, dificultades que le parecerían insuperables, en principio, y pronto pudo escribir con un nuevo estilo, simple, vigoroso y lleno, y con una reveladora visión de la vida en que, como en tiempos primitivos, entrechocaban los sentimientos, ideas e intereses vitales del hombre blanco dominador y de los dominados indios y cholos, que la literatura no alcanzaba a representar con autenticidad, que para Arguedas no fue siempre de primera urgencia.»

Esta obra tiene, por una parte, el valor emotivo de ser el último documento escrito por José María Arguedas y, además, ofrece la novedad de presentarnos una novela planteada de una forma muy peculiar y distinta de las anteriores.

José María Arguedas se suicidó en 1969, pero ya lo había intentado antes, en 1966. A raíz de este intento frustrado, fue ingresado en un sanatorio y los médicos le recomendaron, como terapéutica, que escribiese. Así surgió *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Esta novela tiene estructuralmente dos hilos bien diferenciados, pero entremezclados el uno con el otro: su diario y el que constituye propiamente la obra. Ahora bien, la novela no sería ella misma sin el diario, ni el diario, por su parte, podría leerse por separado, puesto que va inserto en la obra, constituyendo diferentes capítulos de la misma.

Está dividida en dos partes, con un epílogo de dos cartas y un discurso, en el cual Arguedas ruega al editor que le incluya dicho discurso en la novela a manera de prólogo, a pesar de lo cual, Losada, no sabemos por qué razones, lo ha situado curiosamente al final.

El diario empezó a escribirlo en mayo de 1968 (cerca de año y medio antes de su muerte) en Santiago de Chile, y constituye un documento importantísimo para conocer al autor, ya que hace una revisión comentada de todo aquello que ha leído desde 1944, tras confesar su necesidad espiritual de escribir. También habla de su propia obra, en general, para centrarse después en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Por él mismo conocemos los capítulos que le han producido mayor desaliento y aquellos que le han brotado felizmente. El problema fundamental que le supone escribir esta obra consiste en que él es un hombre de la sierra, que sin conocer la ciudad quiere hablar de ella. Sus novelas anteriores se alimentaban de una temática vivida en la infancia, pero esta novela no, y le da miedo hablar de un tema que conoce «a través del temor y la alegría adultos».

Además del interés que supone para conocer la novela, el diario resulta escalofriante por ofrecer los sentimientos personales del autor, los cuales permiten al lector conocer cómo este hombre planea friamente su muerte, hasta el punto de escribir la última parte del diario horas antes del suicidio y explicar por qué lo cometerá.

La novela se desarrolla en un ambiente pesquero (por primera vez en las obras de Arguedas) y presenta tal profusión de personajes —un hormiguero, son sus propias palabras—, que es necesario una lectura muy minuciosa para que la memoria pueda retenerlos.

De esta forma, puede crear varias situaciones determinadas y llegar a

<sup>1</sup> *La novela andina*. Ed. Porrúa. México, 1971, págs. 83-84.

ofrecernos el ambiente pesquero de una ciudad peruana: Chimbote, que a fin de cuentas es lo que interesa a Arguedas.

El hecho alrededor del cual giran todos los problemas individuales y sociales que aparecen en la novela es la emigración masiva de indios serranos a la costa. Unos cuantos años antes se les pagaba para que entrasen de peones, pero después, la «mafia», una organización perfecta, había hecho correr la voz de que en Chimbote encontrarían los indios casi un paraíso: un lugar donde había trabajo para todos, y en el cual se podrían tener casas propias y otras ventajas. En realidad, la «mafia» no era más que un montaje social que jugaba con los indios y los manejaba al antojo de unos pocos hombres dueños de toda la industria pesquera.

Al situar el ambiente de esta novela en la costa se produce una dualidad que no se advierte en sus otras novelas. El hecho de hacer descender a los indios de la sierra a la costa le da oportunidad de describir paisajes serranos, cuando rememora, y costeños, cuando habla del momento presente. Entre los personajes también encontramos una doble polaridad humana: los indios, algunos de los cuales habían sido mineros, y los costeños, que son los pescadores natos; pero esa diferencia se nota sobre todo en el lenguaje, Arguedas no tiene necesidad de definirnos qué es cada uno de los personajes; sencillamente su forma de hablar nos lo aclara: los indios hablan un castellano salpicado de palabras quechuas y defectos de pronunciación que está traducido casi literalmente de su lengua original. Los costeños, por el contrario, hablan español como lengua madre.

Hasta en el título aparece esta dualidad: El zorro de arriba, que configura para los peruanos el mundo de las alturas: la sierra; y el zorro de abajo, representante del mundo de la costa. Pero, ¿por qué zorros? El mismo Arguedas se pregunta en el diario qué razón le ha impulsado a meter esos «zorros tan difíciles», y desde que se hace esta pregunta no los vuelve a incluir. Estos dos zorros aparecen dialogando sólo dos veces a lo largo de toda la novela, en momentos diferentes y colocados no de forma arbitraria. Son dos personajes simbólicos que hacen de intermediarios entre el diario y el hilo de la narración, como unas conciencias trascendentes que van más allá del problema concreto del hombre, Arguedas, y de la problemática de una determinada ciudad, Chimbote, para reflexionar sobre la humanidad entera.

Arguedas expresa su temor varias veces en el diario de que esta novela pudiese quedar inacabada a causa de su muerte. Sólo en un momento llega a decir que no quedaría cortada, «sino contenida». No sabemos qué es lo que puede exigirse a sí mismo un autor; lo que sí sabemos es que esta narración tiene todo el valor de una obra acabada, representativa de una nueva etapa de Arguedas, ésta sí, inexorablemente terminada por desgracia, y también puede significar un hito de consecuencias todavía imprevisibles en la actual literatura indigenista peruana.

JUANA MARTÍNEZ